

La dimensión ética del territorio: verdad y veracidad ante la partida de Jürgen Habermas

The ethical dimension of territory: truth and truthfulness in the face of Jürgen Habermas' departure

Enrique Pacheco Graf

epachecograf@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0006-8690-5944>

Doctorado en Educación

Universidad de Los Andes

Facultad de Humanidades y Educación

Escuela de Educación

Doctorado en Educación

Doctorando

Mérida edo. Mérida

República Bolivariana de Venezuela



El tránsito físico de Jürgen Habermas invita a una introspección necesaria sobre la naturaleza de la crisis que atraviesa la habitabilidad contemporánea. No se asiste simplemente a un proceso de degradación biofísica o económica; en realidad, se enfrenta una crisis de la racionalidad comunicativa aplicada al espacio que se habita. Para el pensamiento crítico, la relación del ser humano con su entorno no puede reducirse a una manipulación técnica de objetos sin que los sujetos, todos, sean considerados. El territorio es, ante todo, un mundo de la vida, aquel *Lebenswelt* que Habermas acuñara donde el entendimiento intersubjetivo debería ser la norma. En esta arquitectura del pensamiento, la sostenibilidad territorial depende de la restauración de dos pretensiones de validez fundamentales que el autor identificó como constitutivas de cualquier sociedad funcional: la verdad de las proposiciones y la veracidad de los sujetos.

Mientras la verdad fáctica se refiere a la correspondencia de los enunciados con un mundo objetivo, la crisis de viabilidad territorial, manifestada en la alteración de ciclos ecohidrológicos o la erosión de suelos, constituye una evidencia que se impone por su peso ontológico. Sin embargo, cuando la ciencia se limita a describir esta verdad fáctica, a menudo cae en una racionalidad instrumental que trata al territorio como un mero sistema de recursos a ser administrados y, en la mayoría de los casos, objeto de vorágines extractivistas que solo a su eventual colapso llevan. Con ello tiende a olvidarse que la realidad requiere ser interpretada y narrada por quienes la habitan y, de forma multidireccional, por aquellos que desde afuera la ven. A diferencia de la verdad que se constata en el objeto en su pura naturaleza, la veracidad reside en el sujeto. Es la transparencia y la Coherencia Prima entre lo que se enuncia institucionalmente y lo que se ejecuta fácticamente. La sostenibilidad no se garantiza con decretos o informes técnicos si estos no están imbuidos de una veracidad que reconozca la fragilidad de la vida misma.

Esta veracidad actúa como el antídoto contra el simulacro y representa la exigencia de que el conocimiento producido sea consistente con una ética del cuidado y una responsabilidad sociohis-

tórica que custodia la memoria ancestral. Tal custodia es garante del sentido de pertenencia que sustenta la identificación ciudadana con su espacio y, por ende, su defensa. No obstante, la crisis de habitabilidad persiste como una patología social que Habermas denominó la colonización del mundo de la vida. Este proceso ocurre cuando las lógicas sistémicas, tales como el poder burocrático y la racionalidad económica instrumental, invaden los espacios de reproducción simbólica y cultural, sustituyendo el entendimiento mutuo por imperativos de aparente eficiencia y control que terminan por mutar en anarquismos. La desarticulación de la viabilidad territorial surge, precisamente, cuando estas estructuras orgánicas son desplazadas por una racionalidad externa. Así, el territorio deja de ser un espacio de encuentro y sentido para convertirse en una variable de ajuste administrativo o en un objeto de explotación técnica desvinculado de su esencia humana y natural.

La consecuencia más severa de este desplazamiento es la progresiva difuminación de la solidaridad social: cuando el lenguaje de la comunidad es sustituido por el de los sistemas exógenos, se pierde la capacidad de los habitantes para coordinar sus acciones de manera autónoma hacia un bienestar sostenible. Frente a este fenómeno de fragmentación, el pensamiento habermasiano ofrece una vía de salida que trasciende la mera gestión técnica: la transición de la acción instrumental hacia una orientada al entendimiento. La reconstrucción de la viabilidad no es una tarea que pueda imponerse desde la verticalidad del sistema, sino que debe emerger de una praxis comunicativa que reconozca la dignidad del habitante como un interlocutor válido. Superar la desarticulación sistémica implica generar espacios donde la verdad de los diagnósticos científicos y la veracidad de los compromisos ciudadanos se fundan en un consenso político racional. Solo cuando el territorio es comprendido como un proyecto común y no como un inventario de recursos, es posible revertir los procesos que hoy amenazan su permanencia.

En última instancia, la sostenibilidad se revela como un problema de justicia discursiva. No habrá viabilidad territorial mientras la palabra de la comunidad sea silenciada por la inercia de gestores con profundas carencias éticas y epistemológicas. Es por ello que se requiere de un sistema que, además de la eficiencia, sea terreno fértil para el cultivo de capacidades orientadas al juicio y la actuación en pro del bien común consensuado de manera intersubjetiva. Honrar la memoria de quien defendió la razón comunicativa implica persistir en la búsqueda de una verdad que no pretenda imponerse, sino desarrollarse en un ámbito compartido. De este modo, la viabilidad territorial deja de ser una meta tecnicista y descontextualizada para convertirse en un compromiso ético presente que se renueva en cada acto de entendimiento genuino sobre la tierra que se habita.